

RESEÑA DE / REVIEW OF: Royo García, Juan Ramón: *Una diócesis postridentina: Zaragoza (1577-1808). Introducción a su historia*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2020, 210 págs. ISBN: 978-84-1340-026-6.

POR

DANIEL OCHOA RUDI¹

Universidad de Zaragoza

El estudio de los mundos eclesiásticos está a la orden del día. En los últimos veinte años, la apertura, catalogación y puesta en valor de los archivos de la Iglesia ha permitido conocer desde diversos puntos de vista las dimensiones históricas de dicha institución. Los estudios sociológicos del clero —regular o secular— de los años noventa, sucedieron a los trabajos socioeconómicos de las diócesis y las catedrales de los ochenta, hasta ser eclipsados en nuestra década por las investigaciones influidas por la nueva historia cultural. La característica común de todos estos análisis, en parte condicionados por las dimensiones que tomó el aparato eclesiástico en la Edad Moderna, es que se trata de estudios de carácter local centrados en instituciones, diócesis o aspectos concretos del clero y de la Iglesia católica. Y esto, a su vez, permite que exista un desarrollo historiográfico desigual entre unas regiones y otras del panorama geográfico hispano.

La archidiócesis de Zaragoza es uno de esos casos en los que no contamos con estudios profundos de sus estructuras, sus dinámicas y su evolución para el periodo comprendido por los siglos de la Edad Moderna. Y, aunque se han desarrollado excelentes trabajos sobre algunos pontificados concretos, cualquier investigación que se pretenda abordar se ve condicionada por la dependencia de aquellos antiguos episcopologios y obras impresas de los siglos XVI-XVIII. Esta situación impide que los investigadores dispongan, en según qué ocasiones, de un punto de partida útil para continuar progresando en el conocimiento de la diócesis más importante del antiguo reino de Aragón. Es de agradecer el esfuerzo del autor, Juan Ramón Royo García, por evitar la situación antedicha; esta es, a nuestro juicio, la principal virtud de este monográfico.

El libro busca ser una introducción a la historia de la diócesis de Zaragoza entre 1577 y 1808, como su título indica. Sin embargo, el autor logra convertir la obra en algo que va más allá de lo meramente introductorio, como desarrollaremos más adelante. Royo García, en su calidad de director del Archivo Diocesano de Zaragoza [ADZ], es uno de los mejores conocedores de la historia de la sede cesaraugustana y

de la documentación disponible para su estudio. De hecho, otra de las virtudes del monográfico no es que sea solamente fruto de un laborioso trabajo —que también— sino que pretende actuar como simiente para futuras investigaciones, tan necesarias por otra parte. Así lo afirma él mismo al calificar la obra como «un punto de partida para futuras investigaciones» (p. 14), entre las que se encuentra el volumen correspondiente a Zaragoza de la conocida *Historia de las diócesis españolas* de la Biblioteca de Autores Cristianos.

El contenido temático del libro es muy diverso, pero guarda siempre cierta coherencia interna. No en vano pretende reunir todo lo que se ha estudiado sobre la diócesis, el clero y la espiritualidad de la sede de Zaragoza entre 1577 y 1808. Y lo consigue desarrollar con creces evaluando las consecuencias, cambios y permanencias que pudo experimentar el arzobispado cesaraugustano en su periodo *postridentino*. El volumen se encuentra dividido en trece capítulos, cuya extensión y profundidad se ve condicionada por la información disponible. En términos generales, están dispuestos de una manera regular. Así pues —y muy acertadamente debemos decir— tanto la estructura externa de la obra como la interna de los capítulos va de lo más general a lo más concreto.

Es interesante comprobar que el autor comienza la obra con un capítulo dedicado a la reestructuración que vivieron las diócesis aragonesas bajo el reinado de Felipe II. De hecho, que el inicio cronológico de la obra se localice en 1577 deviene, en parte, de que ese año significó un cambio importante en la configuración diocesana de Zaragoza con la separación del arcedianato de Teruel y su erección como sede sufragánea. El capítulo, después de describir dicha reconfiguración, dedica un sugestivo apartado a valorar cómo quedaron la archidiócesis de Zaragoza y sus sufragáneas (Huesca, Jaca, Barbastro, Albarracín, Teruel y Tarazona). De cada una de ellas se hace una breve reseña del valor de las rentas episcopales, el número de parroquias o fieles que la componían, así como la descripción de sus cabildos catedralicios. La información, extraída de fuentes originales, demuestra la influencia que tuvo la mitra cesaraugustana en su entorno geográfico más próximo.

¹ ochoarudi@unizar.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-1413-5040>

En el segundo capítulo, dedicado al estudio de la geografía diocesana —casi invariable hasta 1956— se destacan las características principales del territorio. Y también se pone de manifiesto la necesidad de profundizar en los conflictos jurisdiccionales habidos entre los obispados limítrofes por el control de algunas parroquias, a penas estudiados. Asimismo, el poblamiento rural, la importante presencia de inmigración francesa, la importancia del señorío y el problema del morisco serán un reto constante para la sede zaragozana como se deja entrever en el tercer capítulo. Queda pendiente de realizar un balance de la presencia de eclesiásticos aragoneses en América, como se destaca con algunos ejemplos extraídos por el autor de los registros del Vicariato General del ADZ. Muy sugerente resulta la cuarta parte del libro, «Una diócesis entre lo universal y lo local». Royo García reflexiona en ella sobre «la tensión entre la universalidad y el carácter local» de las instituciones diocesanas, manifestando la necesidad imperiosa de valorar la presencia de aragoneses en la curia romana y en la Iglesia castellana. Por no hablar del papel que jugaron los clérigos en la política regnícola aragonesa (Cortes, Diputación del Reino, Canciller de Competencias...).

Sin lugar a duda, uno de los capítulos más sustanciosos y sugerentes es el dedicado a los arzobispos. En este quinto apartado, el autor reflexiona primero sobre la importancia de la figura del obispo en la legislación tridentina y se analizan los parámetros sociológicos de los veinticuatro prelados que ocuparon la silla de san Valero entre 1577 y 1808: procedencia y duración de los episcopados, origen geográfico y social, formación... También se señalan algunos hitos importantes en la labor pastoral de todos ellos (sínodos, concilios provinciales, visitas *ad limina* y pastorales...). Sin embargo, de todos los subapartados que comprenden este capítulo destacamos el de «La red clientelar de los obispos» (pp. 75-77), desarrollado por el autor con ejemplos muy ilustrativos de las casas episcopales de Andrés Santos, Alonso Gregorio y Tomás de Borja, extraídos de las fuentes conservadas en el ADZ.

En el sexto y séptimo capítulos se ilustran algunas figuras de especial relevancia para entender el buen funcionamiento de las diócesis *postridentinas*, y que apenas cuentan con estudios a nivel general hispano. Hablamos de los obispos auxiliares y la curia diocesana, respectivamente. De los primeros se dan algunas noticias biográficas, mientras que de los segundos —vicario general y oficios curiales— se describen sus jurisdicciones y funcionalidad administrativa. Sería muy conveniente que este capítulo sirviera de acicate para emprender futuros estudios sobre la composición sociológica de los miembros de la Curia diocesana de aquella época.

Otro de los capítulos más extensos del libro es el que lleva por título «Las Parroquias». En él no solo se nos muestran las iglesias parroquiales como centro de la vida de los pueblos, sino que se insiste en la importancia de estudiar el sistema benefical y la práctica de las provisiones. También se hace hincapié en la necesidad de profundizar en la formación de los sacerdotes y el establecimiento de los seminarios conciliares. Unos temas muy interesantes y, por desgracia, poco conocidos para el caso de Zaragoza.

El décimo de los epígrafes dedicado al clero secular es muy atractivo. Solo la ciudad de Zaragoza reunía en el in-

terior de sus murallas cerca de cuarenta y cinco conventos antes de la Guerra de Independencia, pero también el mundo rural vivió la expansión conventual propia de la época *postridentina*. Algo poco estudiado en Aragón. Este capítulo, además de contener un interesante cuadro de las fundaciones religiosas en la diócesis de Zaragoza elaborado por Royo García, da un repaso a todos los establecimientos conventuales de las principales órdenes religiosas (agustinos, carmelitas, dominicos, franciscanos, jesuitas, escolapios...). E, incluso, dedica un apartado a los problemas que tuvieron que afrontar algunas de las órdenes en el siglo XVIII: descenso de vocaciones religiosas, supresiones, expulsiones y secularización de sus religiosos. Algunos de estos temas ya habían sido trabajados por el autor previamente, habiéndose publicado sus resultados en diferentes congresos y simposios.

Los tres últimos capítulos —«La Fe enseñada», «La Fe celebrada» y «La Fe vivida»— resumen con numerosos ejemplos las consecuencias que tuvo el Concilio de Trento en la confesionalización de las gentes y en la extensión de algunas devociones populares en el territorio zaragozano. El mundo del catecismo y de los libros religiosos se ve sucedido por el mundo del ceremonial y la fiesta religiosa, concluyendo con el capítulo más interesante de los tres para nuestro gusto. «La Fe vivida» nos acerca a otras investigaciones de Royo García. Así, con el mundo de la canonización de algunos aragoneses como José Pignatelli se acerca a la historiografía modernista más novedosa. Algo que amplía, además, con el análisis de las devociones al Santísimo Sacramento, a la Pasión de Cristo y al Corazón de Jesús. El autor concluye el capítulo con la materialización institucional de la religiosidad popular: las cofradías y la práctica de la caridad.

Entrando a valorar la obra en su conjunto, podemos afirmar que estamos ante un libro que nace del trabajo y que se convierte en sustrato para futuras investigaciones. Decíamos anteriormente que la obra sobrepasa el ámbito de lo introductorio, y es cierto. En tres sentidos, además: de utilidad, de ayuda y de motivación. En primer lugar, todos aquellos que, por una circunstancia o por otra, se vean inmersos en el estudio de la diócesis de Zaragoza disponen con este libro de un útil estado de la cuestión. El lector encontrará recogida de manera ordenada la mayor parte de la bibliografía producida hasta el momento sobre el tema. La utilidad de la obra deviene, entonces, no solo por la interesante información que el autor desarrolla a lo largo de sus páginas, sino por todo el aparato crítico que le acompaña. En segundo lugar, su escritura ordenada y sus apartados concienzudamente divididos permiten una consulta provechosa y fácil. Finalmente, el rasgo que más valor dota a todo el volumen en su conjunto es el de la motivación. Es un libro que incita a seguir investigando en la materia, que sugiere temáticas de investigación novedosas y que indica, incluso, las fuentes más apropiadas para emprender y desarrollar su estudio. No es una obra cerrada; es un libro que abre caminos al interés por querer saber más.

En definitiva, una lectura obligada para todos aquellos que quieran acercarse a cualquier aspecto relacionado con la diócesis de Zaragoza, y muy recomendable para los que estén interesados en la historia de las sedes españolas.